

## Fernando González, ensayista de la angustia colombiana

James Willis Robb  
The George Washington University

En Colombia, además de poetas, han florecido pensadores y ensayistas. Sin agotar la lista, pensamos en los humanistas filólogos Miguel Antonio Caro, Rufino José Cuervo, Marco Fidel Suárez; en Baldomero Sanín Cano, supremo comunicador universalista; en el Luis López de Mesa del *Libro de los Apólogos*; y en el descubridor del mágico *Continente de siete colores*, Germán Arciniegas.

Como ensayista personal, nadie como Fernando González (1895-1964), genial "Filósofo de las Ceibas", habitante de "Otraparte", pequeña finca situada en su nativo Envigado en las cercanías de Medellín, punto de partida de sus más nutridas meditaciones. Nadie de tan recia personalidad en la comunicación directa de la emoción íntima con que sigue su Camino de Perfección. Lucha espiritual que nos hace verlo en términos unamunianos como el "agonista colombiano" por excelencia.

Contemplando el semblante de Fernando González, descubrimos más de un rasgo que lo emparenta con don Miguel de Unamuno, el agonista español, el vasco individualista y rebelde. Su vigorosa cara coronada de boina clásica nos recuerda que Fernando González Ochoa también es de abolengo vasco. Es un recio individualista, espíritu rebelde y heterodoxo en la esfera de lo político-social, y un agonista obsesionado por un anhelo metafísico. Donde a Unamuno le "duele España", bien se puede decir que

a FG "le duele Colombia", así como a su paisano Eduardo Santa que tituló un libro *Nos duele Colombia*. Mientras a Unamuno le obsesiona la lucha con la duda y por la inmortalidad, a FG le obsesiona la lucha entre carne y espíritu, por superar lo material en lo espiritual. El filósofo FG, como su hermano espiritual Unamuno, es un filósofo cordial que se dirige al "hombre de carne y hueso".

Al clasificar a Fernando González como ensayista, también pensamos en cierto paralelo con Unamuno para quien poco contaba la división artificial entre géneros literarios: ensayista, poeta, dramaturgo, novelista o *nivolista*, Unamuno el hombre, pensador, agonista, era el mismo en todos. Y con María Helena Uribe de Estrada, al comentar a *Fernando González y el Padre Elías* (Medellín: Universidad Pontificia Bolivariana, 1968, pp. 6, 10-11), podemos decir: "El y sus libros son uno solo... todos son un libro único y... los capítulos están separados no por una página, sino por la experiencia de los años. Y ese libro que yo vi, podría llamarse: 'Viaje a pie de un alma'".

Referencia oblicua a su libro *Viaje a pie* de 1929, uno de los predilectos para sus admiradores y que más adelante nos servirá para rastrear las dos facetas de su agonismo.

Si, a pesar de todo, intentamos separar las obras de Fernando González entre los géneros literarios, diríamos que de sus más o menos quince libros publicados, seis son

libros más bien ensayísticos: 1) *Pensamientos de un viejo* (1916), su primer libro juvenil, es una serie de meditaciones filosófico-morales sobre temas como el ser y el no ser, la nada, la muerte, la soledad, la conciencia y la lucha interior. El prologuista Fidel Cano advierte: "Es un atormentado". 2) *Viaje a pie* (1929), su segundo libro, relato de un viaje geográfico-espiritual de "dos filósofos aficionados", se caracteriza por un tono más risueño, pero tiene todo el meollo de su filosofar más hondo y más serio, con sus dos vertientes: metafísica, sociológica. Es al mismo tiempo el libro que parece entregarse más plenamente al libre ensayismo, con sus meditaciones sobre "El camino", "Peso y elevación", o "La mano", que se podrían fragmentar en ensayos autónomos. 3) *El hermafrodita dormido* (1933), libro responsable de su expulsión de Italia por el gobierno de Mussolini por sus críticas a ese régimen cuando González era cónsul en Génova, es un libro híbrido que combina su algo de polémica política con impresiones de viaje y la meditación artístico-metafísica. 4) Otro libro de meditaciones personales diversas, *Cartas a Estanislao* (1935) es seguido de 5) *Los negroides (ensayo sobre la Gran Colombia)*, 1936, que puntualiza su interpretación sociológica de Colombia. 6) *El Libro de los viajes o de las presencias* (1959) acaba de cristalizar su metafísica personal, especie de existencialismo cristiano.

Forman como un segundo grupo de tres libros sus biografías, "cuasi-biografías", o biografías noveladas, que en su subjetividad también colindan con el ensayismo personal: 1) *Mi Simón Bolívar* (1930), una pre-biografía con su preparación metafísica autobiográfica, presentada a través del *alter ego* Lucas Ochoa (nombre de uno de sus antepasados). 2) *Mi compadre* (1934), curiosa idealización subjetiva del tirano Juan Vicente Gómez de Venezuela. 3) *Santander* (1940), retrato negativo, sumamente polémico, del prócer colombiano Francisco de Paula Santander, "hombre de las leyes".

Completa el cuadro un grupo de seis libros que podemos llamar "cuasi-novelas", y que hemos presentado en otra ocasión bajo el título de "Nueva Novelística de Fernando

González": (1) *Don Mirócleles* (1932), *El remordimiento* (1935), *El maestro de escuela* (1941), *La tragicomedia del Padre Elías y Martina la Venera* (1962), y dos publicados póstumamente: *Don Benjamín, jesuita predicador y Salomé* (1984). Estas novelas evolucionan en su temática desde la obsesión de la muerte y la tentación de la carne a la búsqueda de la perfección espiritual en el sacrificio.

Ahora volvamos al *Viaje a pie*, en busca del agonista Fernando González, presente en dos dimensiones: la sociológica y la metafísica. Se trata de un verdadero viaje a pie en el espacio por FG y su compañero don Benjamín desde Medellín por tierras de Antioquia y más allá hasta Manizales, el Nevado del Ruiz, Cali, Buenaventura. Este viaje tiene al mismo tiempo su dimensión espiritual interior: "Este viaje conduce a usted mismo", dice Gonzalo Arango, el poeta *nadaísta* de la nueva generación quien prologa la segunda edición del libro (Bogotá: Tercer Mundo, 1967). A la vez que FG realiza su confrontación con la tierra y la gente de su país, va realizando una búsqueda de su propia autenticidad en que participa su lector como si fuera el propio FG o si el propio FG fuera él.

Se encaminan los dos filósofos aficionados, "a pie y con morrales y bordonos", rebosantes de alegría juvenil. A medida que va adentrándose en el campo, en los pueblos, captando sus olores y sabores y acercándose a sus habitantes, vienen surgiendo las reflexiones sobre Colombia y los colombianos, sobre el hombre, su ser y su existencia. La alegría cede el paso con frecuencia a la seria inquietud y preocupación. Sigamos (primero) el hilo de sus meditaciones sobre Colombia, la vertiente psicosociológica.

Una de las primeras de éstas surge en torno a la imagen de Bolívar que aparece en la cara de una moneda:

Porque una moneda cayó al suelo sobre el escudo colombiano, decidimos pasar la

1. JWR, "Nueva novelística de Fernando González", por aparecer en *Hispanic Journal*, Indiana, PA, X:2, Spring 1989.

noche en la casa de doña Pilar... Hay allí, cerca al río Piedras, dos casas; nos decidió por la casa de la derecha el rostro atormentado del Libertador, en una moneda de diez centavos. ¿Cara o sello? Y la cara es la de Simón Bolívar; y, en realidad, es la única cara interesante de estas cinco repúblicas intertropicales. ¡Y cómo lo atormentaron!... ¡Es una cara muy triste la de este superhombre que había terminado ya su obra! Estaba convencido de que no había libertado hombres, sino negroides... ¡Pobre Simón Bolívar, que libertó cinco repúblicas, y que apenas se fueron los españoles vio que no había quedado sino un hombre: él, solitario, en un desierto de alimañas!... Y qué horrible fue la noche, picados por animalillos invisibles, miríadas que transitaban por la piel y que nos hicieron delirar nuevamente: soñábamos que nuestro cuerpo era Colombia y que los innumerables animalillos eran las generaciones habidas desde Rafael Núñez. (*Viaje a pie*, 2a. ed., pp. 54-55).

Aquí sí nos duele Colombia con Fernando González, quien por lo mismo que la quiere con tanto cariño filial es tan sensible a los defectos que cree ver en ella y luego critica y denuncia acerbamente a los que juzga responsables de sus males. Aquí amargamente contrasta la Colombia —la Gran Colombia— que soñó Bolívar y la de su tiempo que ve en plena decadencia desde Rafael Núñez. Contrastan dos personalidades: la del Libertador, el héroe agonista, y la del traidor o antihéroe. Muy significativamente se asoma la cara del Libertador en esta forma emblemática, simbólica imagen de Colombia en su moneda. La figura del Libertador y el fervoroso culto a él rendido serán constante manantial de la meditación gonzalina sobre Colombia.

Otra cara que se asoma en este drama agonístico de los males de Colombia es la de un personaje a la vez muy mitológico y (para FG) muy real: el diablo:

Pero Colombia es el país del Diablo. Porque aquí se cree más en él y se le teme

y ejerce oficio trascendental. Es el rey de los Andes. Colombia de hoy es un clan resucitado. Por todas partes, en los pueblos tristes, en los caminos retorcidos, en las selvas y en los puentes se percibe a este ser omnipotente. ¿Podrían existir *el cura* y *el partido conservador* si el Diablo no estuviera aquí, si no fuera con ellos condómino del país? Veíamos al Diablo en los ojos tristes de amor insatisfecho de las niñas de Aranzazu y de Pácora... Y al pasar los puentes sobre los torrentosos ríos percibimos el eco de los pasos de Mefistófeles. Leímos las inscripciones que ha dejado en los puentes...

¡Pobre país, país de miseria, país del Diablo, país negroide, indio, español, sin rumbo y sin conciencia aún! ¡Pobre país en que son condóminos *el cura*, *el bachiller* y *el diablo*!... Oh, Señor Diablo, maestro rabudo y tortuoso, no nos atormentes en esta vida ni en la hora de la muerte. Así sea. (pp. 87, 88, 95).

Nos sentimos no muy lejos del drama moral que se realiza en la poderosa novela de Eduardo Caballero Calderón, *El Cristo de espaldas* (1952), protonovela de "La violencia colombiana", aunque en ésta el cura es héroe y mártir en vez de antihéroe.

Así seguimos agonizando con Fernando González, en torno a Colombia, en todos sus libros, hasta llegar a *Los negroides* (1936), en donde da un giro afirmativo al concepto antes aparentemente despectivo de "negroides", para desarrollar un sueño utópico que venía incubando desde *Mi Simón Bolívar*, y que no deja de recordarnos el ideal de la *Raza cósmica* del mexicano José Vasconcelos (1925), con el adjetivo *cósmico* aplicado al propio Bolívar:

Venezuela dio a Bolívar, primer hombre cósmico, cuyos orígenes están oscuros para el sociólogo. Fue una muestra de lo que puede ser la raza suramericana, una vez que nos hayamos fusionado. Porque es evidente que sólo el hombre futuro de Suramérica, mezcla de todas las razas, puede tener la conciencia de todos los instintos humanos, la conciencia uni-

versal. El suramericano será el hombre completo. Suramérica será la cuna del Gran Mulato. (*Los negroides*, Medellín: Ed. Atlántica, 1936, p. 26).

Y de ahí pasa a soñar con la resucitación de la Gran Colombia bolivariana:

Llegó la hora de ser la Grancolombia o de ser ajenos. En el curso de estos 50 años venideros se decidirá si Bolívar fue loco o profeta. Es necesario unir a los cuatro países bolivarianos; que un solo espíritu anime sus cuatro gobiernos; unirlos por intereses culturales y económicos... Fundar la Universidad Grancolombiana. Intercambio de obreros, estudiantes, etc. Unión evolutiva; marchar a la Grancolombia poco a poco, así como procede la vida... La Grancolombia no puede aparecer sino del intercambio de sangres, ideas, etc., previa la prohibición de la inmigración extranjera... Los cuatro países tienen la sangre suficiente para crear un tipo y para poblar el territorio en doscientos años... Lo peor: Que somos mezcla de las tres sangres; *ocultamos* como un pecado a nuestros ascendientes negros e indios... En realidad, tal mezcla es un bien; pero en la conciencia tenemos la sensación de pecado... Por eso el suramericano simula europeísmo... Mientras simule, será inferior. La grandeza nuestra llegará el día en que aceptemos con inocencia (orgullo) nuestro propio ser... (pp. 119, 121, 122, 129).

Pero el sueño utópico elaborado con sus colores más atractivos no disuelve la agonía ni el pesimismo de Fernando González, pues termina este libro con el siguiente *Epílogo* amargo:

Fui hasta Cali y soporté heroicamente la visión de Colombia. Pero fue terrible cosa... ¡Qué asquerosa es hoy mi patria!... Estos animales parecidos al hombre, que habitan hoy en América, carecen de pudor. Estos animales parecidos al hombre únicamente en la perversidad, son un castigo para la tierra. (p. 139).

En fin, este agonismo sociológico de Fernando González concentrado hacia los males de su propio país lo sitúa a nuestro juicio en la línea de los grandes ensayistas hispano-americanos modernos preocupados cada uno por ahondar en su identidad nacional: los peruanistas como González Prada y Mariátegui; el bolivianista Alcides Arguedas que sufre por su *Pueblo enfermo*; los argentinos como Eduardo Mallea y E. Martínez Estrada con su intensa angustia personal y autodisección nacional; los mexicanos desde Samuel Ramos hasta el grupo del Hiperión encabezado por Leopoldo Zea (*México y lo mexicano*), y Octavio Paz con *El laberinto de la soledad*. Todo con una nota de personalidad propia y distintiva de Fernando González, relacionada con la inspiración del Libertador Simón Bolívar y la identidad con sus ideales y desilusiones.